



Matilde Martínez, a la puerta de su casa en Panizares, donde crió a sus hijos y vivió sola hasta los 90 años de edad. / A.C.

LA ABUELA DE LAS MERINDADES CUMPLE 106 AÑOS

Matilde Martínez Diego nació y vivió hasta los 90 años en Panizares, su pueblo que tanto añora y donde ahora pasa los veranos • Hace camas, pasea o juega a las cartas.

A. CASTELLANOS / PANIZARES

El modo en que cada uno se tome la vida, sin duda, puede marcar el destino. Matilde Martínez Diego trabajó sin descanso por sacar a sus tres hijos adelante, tras enviudar de Jesús Alonso de Armijo a los 29 años. Pero lo hizo con la filosofía de «no molestar a nadie, porque lo que no podía hacer de día, lo hacía de noche», asegura. Y así pasaron los años con mucho esfuerzo, pero con perseverancia y con la libertad de decidir el ritmo de trabajo en su casa, en la de su padre, en el campo... Su sola visión infunde paz a quienes miramos sorprendidos a esta mujer que el pasado 19 de junio cumplió nada menos que 106 años de edad. Perteneció al reducido club de los superlongevos (de 105 años y más) y que según el censo de 2011 solo eran 985 en todo el país, apenas un 0,002% de los casi 47 millones de españoles.

La abuela de Las Merindades, donde el censo de 2011 contabilizaba veinte personas con 100 años o más, espera tranquila en el banco de hierro que hay junto a la fachada de su casa de Panizares acompañada de su inseparable cojín para estar cómoda. Apenas conserva la visión y la audición está tocada, pero es seguro que disfruta con todos los olores que le ofrece la naturaleza, con el calor del sol que acaricia su piel, aún suave, y con el recuerdo del bello paisaje de cuchillos rocosos que abrigan a esta pequeña población valdivielsana.

Matilde reacciona sin desconfianza y con una vivacidad increíble a las preguntas de una desconocida que quiere entrevistarla. Ella dice haber perdido la cuenta de su edad, pero es admirable que cuando se le plantea que cómo cree que ha cumplido tantos años responda vivaracha: «Y los que puedo cumplir».

Matilde Martínez reparte su tiempo entre Panizares, donde pasa todo el verano desde finales de junio hasta llegado casi octubre, Vizcaya y Pradoluengo. Seis meses con su hija Esperanza, de 78 años, y otros seis con José Mari, de 80. Pero el pueblo, su pueblo, le gusta «demasiado». Su hijo añade: «estaba deseando venir este año».

Cuando llegó dio un largo paseo con su hija por la localidad y si la animan camina con ayuda de su bastón. En Pradoluengo es fácil ver a esta longeva anciana paseando del brazo de su hija Esperanza en los días que el clima lo permite.

Se levanta sola, se asea, se viste y hace su cama e incluso la de su hijo José Mari después de desayunar. No rechaza ninguna comida, incluida la que cada año celebran los vecinos de Panizares con motivo de sus fiestas ahora en septiembre, y aún disfruta contando los triunfos de la brisca. Doblar ropa, con el mimo de antaño u ovillar la lana la mantienen activa. Y su salud como la de una rosa. Solo hay que observar su cuerpo menudo y recto o sus delgados tobillos para ver que su naturaleza es prodigiosa. Su única medicación es una pastilla para la tensión.



Matilde Martínez Diego, a los 23 años, con su hijo mayor, Jesús. / DB

El cuidado de los animales y del campo marcó su vida. Por la Sierra de la Tesla se desplazaba en burro hacia Medina, Trespaderne o Frías y Poza donde vendía cerdos de cría. De regreso, Jesús, el mayor de sus hijos, de 83 años, recuerda como él ocupaba las alforjas que quedaban vacías. El peor momento llegó «cuando me quedé sola», recuerda Matilde, para quien la Guerra Civil pasó prácticamente desapercibida en Panizares. «No llegué a verla siquiera. No me faltaba de nada en la guerra», dice.

Esta mujer nunca perdió las ganas de bailar, quizás ese ha sido su secreto para una larga vida. «Yo bailaba donde sería, como si fuera en casa», señala. Pero había que ir a bailar «solo a los pueblos más cercanos, porque si rompía las alpargatas, al día siguiente no podías ir» por falta de calzado. Lo suyo eran las jotas.

En la memoria de Matilde aún quedan las largas nevadas de antaño o el talante con el que se convivía en los pueblos. «Me gustaba más la vida de antes porque todo era más tranquilo y se vivía mejor. Cada uno respetaba su casa y entre familias también había más respeto», recuerda. La armonía «era lo primero». Y en armonía y paz sigue disfrutando su vida. La acompañan sus tres hijos, cinco nietos y seis biznietos.

Nunca perdió las ganas de bailar, quizás ese ha sido el secreto de su larga vida. «Bailaba donde fuera»